

# La bruja y el alquimista

Mauricio Molina

*En este cuento de corte fantástico y onírico, Mauricio Molina explora las oscuras relaciones entre el ocultismo, el crimen y la política.*

Cuando le sacaron a la niña del cuerpo a Magdalena, después de un trabajo de parto de varias horas, dicen que una de las enfermeras se desmayó y que otra de ellas salió gritando de la sala y no se le volvió a ver en el hospital. Magdalena entró en coma casi al mismo tiempo y no hubo forma de traerla a la vida. Se quedó conectada de manera indefinida a la espera del misericordioso diagnóstico de muerte cerebral. El médico, de inmediato, hizo enviar a la recién nacida a una incubadora aislada. No se permitió que nadie la viera. Gerardo, el padre de la criatura, se quedó a medio camino entre el estupor de la muerte de su esposa —apenas llevaban tres años de casados— y la sorpresa terrible de haber tenido una hija monstruosa. Durante días se negó a verla o siquiera a acercarse a ella.

Gerardo era mi amigo. Habíamos estudiado Ciencias Políticas en la Universidad. Era un hombre muy brillante, el mejor de la clase y de nuestra generación. Doctorado en Harvard antes de los treinta, tenía todas las cualidades para lanzarse a los puestos más altos. Conocedor minucioso de las menudencias de la política nacional, experto en cabildos y negociaciones secretas, muy pronto se inscribió en un partido político muy importante (mejor no mencionarlo porque sospecho que el asunto de su hija está relacionado con esto) y fue ahí donde conoció a Magdalena, una mujer extremadamente inteligente que había estudiado matemáticas y era un genio de las estadísticas, las progresiones y las predicciones electorales. Podía prever, con una exactitud casi mágica, qué partido político ganaría en una región específica a partir de encuestas de muy bajo perfil y de un relieve poco claro. Lo suyo era intuición matemática pura, valga aquí el

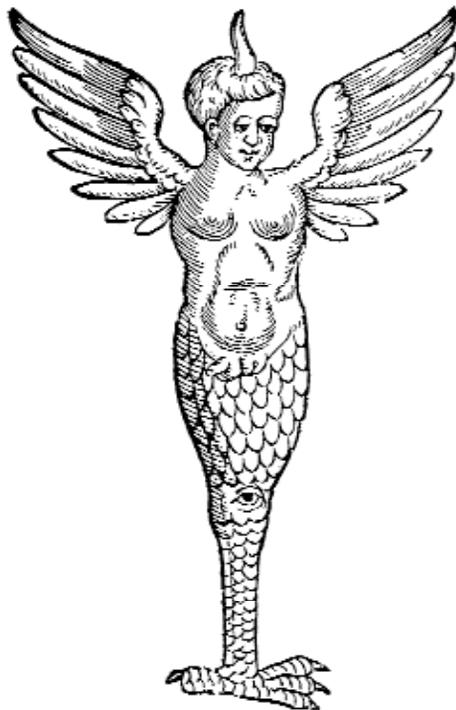
oxímoron.

Magdalena y Gerardo se conocieron durante las campañas presidenciales y a partir del flechazo inicial no volvieron a separarse. Asesores del candidato y con un futuro abierto a todas las posibilidades, eran la pareja perfecta. En los círculos íntimos del poder se les conocía como “La bruja y el alquimista”. Unos meses después del triunfo del presidente se casaron en una ceremonia discreta reservada sólo para unos cuantos amigos. Fue en esa ocasión cuando volví a ver a Gerardo después de los años universitarios. Yo estaba en contra del partido en el poder. Me había dedicado al periodismo y a la crítica y me mantenía al margen de la política partidista, porque consideraba —y lo sigo pensando— que la democracia es algo tan frágil que basta un funcionario corrupto, un ligero error en el sistema, para que todo se convierta en una inmensa farsa. La democracia es una entelequia, “un error de las estadísticas”, como decía Borges. Por supuesto que en mis ensayos políticos y columnas periodísticas jamás me atrevería a hacer una aseveración de este tipo, ya que se me consideraría un reaccionario, un comunista, un fascista, o todo al mismo tiempo, y además no tendría de qué alimentarme.

Perovolviendo a Gerardo y Magdalena recuerdo que los vi felices y en ascenso. En algún lado debo tener la foto de la pareja: ella menuda, sólida, de ojos verdes que evidenciaban sus orígenes mediterráneos. Magdalena era nieta de exiliados anarquistas de la Guerra Civil Española, de esos que se juntaban en los cafés del centro de la ciudad para afirmar a gritos, entre el humo de los habanos, el vino barato y la paella, que los comunistas habían sido aliados secretos del generalísimo Francisco

Franco. Su segundo nombre, como corresponde a una nieta de una rquistas —esos ancestros olvidados de la generación *hippie*— era Armonía. Adicta a los juegos de barajas, al tarot y a la astrología, en las reuniones le gustaba decir que por parte de su madre provenía de una larga estirpe de hechiceras andaluzas. Gerardo, por su parte era moreno, de estatura media, ejemplar típico de la Raza de Bronce cuyos antepasados habían comido hongos sagrados, saltamontes, tlayudas y armadillo en mole negro, como Porfirio Díaz, Andrés Henestrosa y Francisco Toledo, oaxaqueños canónicos.

No volví a ver a Gerardo hasta que unos meses después del nacimiento de su hija me invitó a comer. Nos vimos en un apartado restorán, casi una fonda, en el norte de la ciudad. Estaba totalmente cambiado, una verdadera metamorfosis. Parecía veinte años más viejo, la cabeza cubierta por una pelusa rala y cenicienta, los lentes bifocales colgándole de la nariz, la mirada opaca. Pensé en la mueca árida de los criminales fracasados y de las prostitutas en decadencia. Había algo morbosamente femenino en él, como si con el tiempo se hubiera ido convirtiendo en un andrógino maltrec h o. Nada que ver con mis amigos homosexuales, gozosamente sanos y plenos de vida. La mutación de Gerardo era otra cosa, algo que tenía que ver con su interior. De creer en la existencia del alma diría que ésta se le había salido del cuerpo y que una cosa muy distinta lo habitaba. Gerardo ya no era la persona que había conocido.



Retrato de un monstruo asombroso

Me contó que se había retirado de la política y se había encerrado a vivir con la recién nacida. Magdalena todavía estaba conectada a un aparato, sumergida en un coma profundo.

—Es un monstruo, Pepe... un monstruo... dijo apenas al segundo mezcál.

Los rumores eran ciertos: la niña había nacido mal. Pero de ahí a que una persona educada como Gerardo la llamara un monstruo... Lo dejé desahogarse durante un rato. Después le pregunté si era un síndrome, una malformación, algún defecto genético, pero sus respuestas eran vagas o evasivas. Entre las frases que puedo entresacar de aquel monólogo desvariante recuerdo “ojos espantosos”, “parece un garabato”, “no tiene forma”. Yo le pregunté si no se habían hecho estudios ginecológicos, tomografías, pruebas de líquido amniótico. Magdalena ya frisaba los cuarenta.

—Magdalena no quería. Se metió en uno de esos grupos de parto psicoprofiláctico, quería que todo fuera natural.

—Pero Gerardo —respondí— Magdalena ya no era una mujer joven...

—Magdalena no quiso hacerse nada. Era su última oportunidad para tener un hijo y ahora me doy cuenta de que hizo todo para tenerlo a como diera lugar.

En ese momento rompí a llorar. Después de recomponerse me dijo a quemarropa:

—Quise verte porque sé que eres un cínico y un hombre sin escrúpulos.

Me quedé pasmado al escuchar aquellas palabras de quien había sido el mejor de mis amigos. Era la única persona a quien le podría tolerar aquel insulto. Además, su desesperación evidente me contuvo para responderle o para largarme en ese momento. Él y Magdalena habían sido los cínicos al sumarse a la campaña del candidato. Él y Magdalena habían elaborado la estrategia política del presidente a partir de los números y las estadísticas. Él y Magdalena habían ganado millones y tenían una casa en San Ángel, el BMW, los viajes, la casa en una playa de Oaxaca, las canonjías de los allegados al presidente... Yo era sólo un criticastro que no creía en lo que escribía y defendía la democracia sólo como una forma de sacar toda mi rabia y descontento con el régimen.

—Te tolero esas palabras por la situación que estás pasando. De otro modo te rompería la cara aquí mismo —le dije luego de pensar unos segundos y pasado el momento de sorpresa.

—No te atreverías a golpear a un moribundo...

Me quedé mirando su cabellera escasa, de un color indefinido que me recordó el pelo de ángel, una especie de fibra muy fina que se le ponía a los árboles de Navidad en mi infancia.

—Sí, Pepe. Estoy enfermo. Me estoy muriendo. Te-

go los días contados. Pero eso que salió del cuerpo de Magdalena no puede vivir. Lo que quiero que hagas por mí, por tu mejor amigo de la universidad, es que la mates.

¿Matar a quién? Magdalena estaba conectada a un aparato. Evidentemente se refería a la bebé. Lo miré con cara de “estás loco de remate”. Pero sus ojos permanecieron impasibles, clavados como dos dagas en los míos. Desvié la vista por instinto. Hablaba en serio. Quería que yo matara a su propia hija de unos meses de nacida. Me ofreció una suma que sonaba estratosférica incluso en dólares. Supuse que había perdido la razón.

—Con ese dinero te podrías largar del país o comprarte lo que quieras... una esposa, una casa y dejar de escribir estupideces en los periódicos.

El medio tono que usaba para hablar, de una especie de calma intransigente, me asustó aún más que su mirada seca, fría, de una persona que ha perdido ya todo vestigio humano. Recordé algo que sabían Daumier y todos los caricaturistas de la política y que yo había aprendido por mi contacto con los círculos de poder: que muchos funcionarios adquirirían una cualidad animal, a veces infrahumana, a veces extrahumana, que los convertía en maniqués, en máquinas animadas perfectamente maquilladas, o en ratas, leones, bulldogs, armadillos o iguanas parlantes. La definición aristotélica de *zoon politikon*, animal político, se aplicaba aquí de una manera contundente y literal.

—Piénsalo un poco, Pepe. Eso que vive en mi casa es un monstruo, algo que no debió de haber nacido nunca. Yo no me atrevo a acercarme siquiera. Las sirvientas salen despavoridas. Por fortuna conseguí una nana de allá, de mi pueblo, que la alimenta y la cuida. Pero, te repito, nunca debió de haber nacido.

Mientras Gerardo balbuceaba pensé en la cifra que me había ofrecido. La repetí en mi mente varias veces. Era mucho más de lo que ganaría en toda mi vida. Decidí duplicar la cantidad. La mencioné en voz alta. Sin chistar siquiera Gerardo aceptó. Una ligera sonrisa irónica iluminó su rostro como una luz oscura: tenía razón, sí, yo era un hombre sin escrúpulos.

Gerardo tenía todo planeado. Dejaría la puerta de servicio abierta pasada la media noche. Yo simplemente entraría, subiría las escaleras, entraría en la habitación de la bebé y la asfixiaría con una almohada.

—¿Sabes lo que es la muerte de cuna?

Lo sabía perfectamente pero lo dejé hablar.

—Hay bebés que simplemente se mueren porque dejan de respirar. Un ser tan pequeño necesita de muy poca presión en el rostro para impedirle la respiración. Un médico se encargará de dar el diagnóstico y dadas las condiciones en que nació la niña no habrá investigación de ningún tipo, ni autopsia, ni nada. La enviaré al crematorio y basta. Luego podré morir en

paz.

Se despidió de mí asegurándome que al otro día me enviaría un estado de cuenta bancaria a mi nombre con la cantidad estipulada. Una vez realizado el encargo me daría un número y una tarjeta y entonces podría disponer del dinero. Luego se levantó y salió del restorán. Afuera lo esperaba un hombre alto, bien vestido, un guardaespaldas. Subió al BMW y desapareció.

Al otro día el mismo sujeto que hacía de chofer de Gerardo me trajo un estado de cuenta a mi nombre y una nota con instrucciones muy precisas y un croquis de la casa. Había un detalle más: tenía que matar a la niña pasadas las cero horas del 21 de junio. Me quedaban dos días para prepararme. Traté de autoconvencerme: era un trabajo simple, un acto de caridad, simple e u t anasia en un país cuyas leyes aún no la permiten. Punto.

La noche del crimen me fui a meter a un bar. Necesitaba alcohol para relajarme. Después de un par de whiskies dieron las diez y media de la noche. Al salir la brisa nocturna me despabiló un poco. Caminé por las calles empedradas de San Ángel durante algún tiempo. Conocía perfectamente la zona y sabía cómo llegar a la casa de Gerardo; sin embargo, acaso por la oscuridad o el alcohol, tardé un tiempo en orientarme. Finalmente di con la casa a eso de las once y media. Decir que estaba aterrizado sería muy poco para describir el estado en que me encontraba. Tuve que orinar en la calle. No había luna, una luminosidad negra inundaba el ambiente. Me sentía torpe, incapaz de acometer un acto como el que tenía que llevar a cabo.

La casa de Gerardo era típica de la zona. El casco de una hacienda remodelada. Hacía menos de cien años esos lugares no eran sino caballerizas alfombradas de mierda. Había un portón grande por donde entraban los coches y a la vuelta había una pequeña puerta de servicio. Junto a la entrada, recargado contra la pared, encontré dormido a un mendigo. Cuando hice por entrar el sujeto despertó, se incorporó, me miró con espanto y me dijo:

—No entre. Aquí pasan cosas muy raras. Por favor... No entre ahí.

Su tono era suplicante, casi una orden. Una vez que terminó de decir su advertencia, se levantó, cogió sus bultos y se fue a toda prisa.

Ya dentro de la casa me sentí perdido. Un fuerte olor a especias, como de comida recién preparada, inundaba el ambiente. Atravesé un pequeño corredor y di con unas escaleras. Traía conmigo una pequeña lámpara sorda, pero Gerardo me había pedido que no la usara por razones de seguridad. No tardé en orientarme, aunque la voz del mendigo seguía resonando en mi cabeza. Aquí pasan cosas muy raras. Pronto di con las escaleras. Subí cautelosamente en la



Bestia monstruosa que sólo vive del viento llamada Haiit

oscuridad. Provenientes de algún lugar de la casa escuché voces. A medida que subía, éstas fueron desvaneciéndose. Ya en el segundo piso había otro corredor. Según las instrucciones de Gerardo, abrí la tercera puerta. A través de la ventana se colaba la luz mortecina del exterior. Ahí estaba la cuna de la niña. Tropecé con algo lleno de agua. Era una tina. El agua era oscura, casi negra. Algo se agitaba ahí dentro. Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, me llevaron a la cuna. Sentí otras presencias en la habitación. Algo se movía a mi alrededor. El alcohol había hecho su trabajo: estaba anestesiado, concentrado en la misión atroz que se me había encomendado. Mi reloj pulsera emitió una ligera vibración. Ya eran las doce de la noche. Tenía que apresurarme. En el interior de la cuna encontré una pequeña almohada. Palpé entre las cobijas que cubrían el breve cuerpo. Las voces provenientes de algún lado de la casa parecieron subir de tono. Eran una oración, una suerte de lamento. En la penumbra di con el rostro de la bebé, que respiraba trabajosamente. Coloqué la almohada sobre la cabeza y la oprimí contra su rostro haciendo un poco de fuerza. El cuerpecito pareció agitarse, retorcerse un poco. Mantuve la presión durante un tiempo que me pareció enorme. Cinco minutos me parecieron suficientes. Cuando retiré la almohada la bebé había dejado de respirar. El lamento del exterior iba en aumento. A sabiendas del peligro que corría decidí encender la lámpara sorda e iluminé el pequeño cadáver. Retiré las mantas. La bebé estaba completamente desnuda. Mi sorpresa fue mayúscula: no había nada en ella fuera de lo normal. Era el cuerpo perfecto y hermoso de una niña de unas cuantas semanas de nacida. Una sensación de náusea invadió mi cuerpo. Quería vomitar pero logré controlarme. Con la lámpara encendida iluminé la habitación. Había pentagramas y números pintados en la pared. Algo, un animal, se movió rápidamente por el cuarto. Una especie de rata. Logré arrinconarlo con la luz. Era un armadillo. Luego iluminé lo que pensaba era una tina

y resultó ser una olla. Ahí se agitaban ajolotes, tortugas, peces. Finalmente vomité los restos del whisky que me había bebido. Corrí hacia la puerta. Salí a un corredor. Las voces aumentaban de volumen. Decidí, o algo decidió por mí, seguirlas. En la penumbra descubrí un haz de luz bajo una puerta. Al abrirla me encontré con un altar en el que se encontraban animales disecados: sapos, una cabeza de cerdo entre crucifijos y pequeñas estatuas de diversos santos y de la muerte misma rodeados de veladoras encendidas. Las voces iban *in crescendo*. Llegué a una especie de barandal y me asomé. Lo que vi me provocó un horror sagrado. Ahí abajo una mujer de rasgos indígenas se rezaba hincada frente a un crucifijo invertido. La figura de Cristo había sido sustituida por la de una mujer, con los senos erectos y las caderas sinuosas. A su espalda, rodeada por las otras sombras, estaba el cuerpo de Magdalena conectado al aparato que le daba vida. Había otras sombras encapuchadas que rezaban.

—Del falso dios del fundamento y del origen...

—Líbranos señora.

—De las sagradas escrituras dictadas por el diablo...

—Líbranos señora.

—De la cárcel del cuerpo y del espíritu...

—Líbranos señora.

—Vuélvela a la vida, diosa desconocida, vuélvela a la vida, diosa prohibida, despierta en ella la chispa de tu cuerpo, vuélvela a la vida...

Entre las voces reconocí la de Gerardo. No tardé en verlo. Él era quien presidía la ceremonia. Después de terminar los rezos todos se despojaron de sus ropas. Sólo me quedan imágenes dispersas de lo que vino después. Gerardo sodomizaba a un muchachito de no más de trece años. La anciana que dirigía los rezos acariciaba el sexo de una mujer muy joven. Otras parejas se habían entrelazado para copular. El electrocardiograma de Magdalena comenzó a sonar cada vez más rápidamente. Al cabo de un tiempo vi cómo Magdalena se contorsionaba, agitándose en una convulsión. Luego comenzó a emitir unos gemidos espantosos. Finalmente se arrancó las agujas y la máscara que la conectaban al aparato y se incorporó, completamente desnuda. Miró en todas direcciones, levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. Un escalofrío intenso se apoderó de mí cuando el dedo de Magdalena me señaló. En ese momento un par de encapuchados me tomaron de los brazos, me levantaron y me hicieron descender a la sala donde se llevaba a cabo la ceremonia. En las paredes había inscritas fórmulas matemáticas, signos indecifrables. El olor a especias iba en aumento. La mujer de rasgos indígenas se incorporó y cuando estuve frente a ella me hizo beber un brebaje espeso y repugnante. Casi de inmediato quedé inmobilizado. Me hicieron recostar en una cama ubicada bajo el

barandal desde donde había estado observando. Magdalena se acercó, se puso a horcajadas sobre mi cuerpo totalmente desnudo y ahí mismo comenzó a posearme. Su cuerpo se agitaba sobre mí al tiempo que los otros rodeaban la cama. Vi el rostro de Gerardo, reconocí a varios funcionarios con sus esposas. Finalmente me desvanecí bajo el cuerpo de Magdalena.

No sé cuánto tiempo pasó. Desperté en el asiento trasero de un automóvil. El chofer o guardaespaldas de Gerardo conducía. Quise abrir la puerta. El sujeto me gritó:

—Cálmate cabrón. Te estamos llevando a tu casa.

Junto a mí estaba Gerardo, quien me sostenía del brazo. Estaba muy débil, no podía hacer nada. Al llegar a mi casa me recostaron en mi cama. Gerardo me dijo:

—Ya pasó todo. No viste nada, no ha pasado nada. Te vamos a estar vigilando.

Sentí un piquete en el brazo. Casi de inmediato me quedé dormido. Desperté al anochecer del otro día. Sobre mi mesa de trabajo, junto a la computadora, encontré una tarjeta bancaria y un estado de cuenta con una cifra enorme. En la madrugada me metí a internet. Los periódicos reportaban la muerte repentina de Gerardo y de su hija recién nacida, ocurrida el día anterior. Fuerte depresión, paro cardíaco. Al mismo tiempo se daba la noticia de que Magdalena se había recuperado de un coma profundo cuando ya se habían perdido todas las esperanzas de su recuperación. Cogí la tarjeta. Pedí un taxi. Tenía un poco de dinero en la cartera. Metí mi pasaporte y algunas pertenencias y me dirigí al aeropuerto. Tomé un avión a Puerto Vallarta. Ahí me quedé durante muchos días. Durante mi estancia en el hotel me encontré varias veces al guardaespaldas de Gerardo, pero nunca cruzamos una palabra.

Viajé por Europa un tiempo. Praga, Berlín, Londres, Toledo, Lisboa, Barcelona, Venecia. Transferí todo el dinero y lo deposité en un banco suizo. Me quedé un tiempo en París, pero el tumulto me pareció insopportable. Me refugié en España. Recuerdo que pasé días completos en el Guggenheim de Bilbao, sentado bajo la gigantesca araña metálica de Louise Bourgeois en cuyo vientre enrejado se pueden observar enormes huevos de mármol. En ningún momento, cobijado por aquella siniestra escultura, titulada *Maman*, dejé de pensar en la hija de Magdalena y Gerardo, torturándome al recordar su pequeño cuerpo perfecto y sin ningún rasgo de malformación. Había matado a una niña inocente por dinero. Era un hombre cínico y sin escrúpulos.

Al cabo de un tiempo regresé a México. Las aguas estaban calmadas. Busqué en las noticias, pero sólo me encontraba con las mismas telenovelas que nutren la vida política del país. Me reencontré con amigos, comencé a escribir de nuevo en los periódicos. Durante mi es-



Retrato del pez llamado Orobon

tancia en Europa algo cambió en mí. Como tantos otros políticos fracasados, decidí escribir una novela. Todos mis intentos fueron fallidos. De mi mente, como era de esperarse, sólo salía basura.

Pasaron los años. Cumplí cincuenta hace unas semanas. Nunca encontré una compañera, tampoco podía enamorarme. Estaba muerto por dentro. Me resigné a vivir solo y a llevar la vida de un solterón irrevocable. Borracheras esporádicas de buró, visitas de prostitutas que fingían placer o gusto, amigos que se alejaban de mí fue lo único que pude obtener de mi vida de millonario inútil, mutilado de la capacidad de expresarme. Un domingo por la tarde recibí una llamada telefónica. La voz de Magdalena resonó al otro lado de la línea como un estallido que estuvo a punto de provocarme una crisis cardíaca. No hay otra forma de decirlo: me ordenó que nos viéramos en un restorán muy conocido. Habían pasado ya siete años desde la noche que cambió mi vida para siempre.

Cuando la vi llegar al restorán el corazón me dio un vuelco. Magdalena, “La Bruja”, llegó acompañada por un niño. Reconocí en él ciertos rasgos, cierta forma de mirar.

—Hola Pepe—me dijo sonriendo con naturalidad y entusiasmo—, tanto tiempo sin vernos. Te presento a Gerardo. Es nuestro hijo. Lo concebimos la noche que mataste a mi hija para que yo pudiera vivir de nuevo. De ahora en adelante vamos a estar juntos, muy cerca...

En ese momento supe que nunca más podría deshacerme de ella. Me mudé a su casa, la misma donde había matado a la bebé. Hoy miro mi rostro en el espejo. Las canas han cubierto mi cabeza. Los lentes, la mirada estrábica, todo me recuerda las últimas versiones de mi amigo Gerardo. Magdalena en cambio no ha envejecido un ápice. Cada noche, al acostarme junto a ella, siento que mi vida escapa ineluctablemente. El pequeño Gerardo, acaso la reencarnación de mi amigo, crece cada vez que

Del libro *Telaraña* de próxima publicación en la colección “Rayuela” de la Dirección de Literatura de la UNAM.